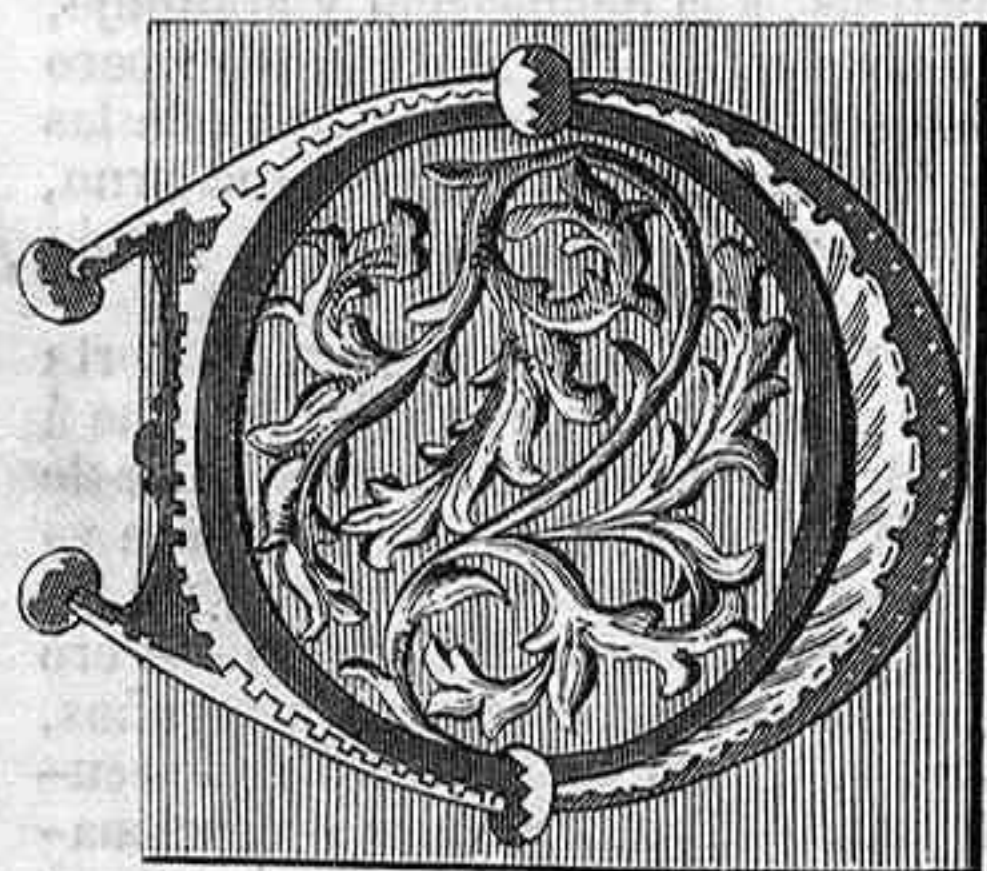




FELIPE II Y EL ESCORIAL (1).

III.

EL ESCORIAL.



ejamos espuestas en los dos artículos anteriores las ideas que nos sugiere el estudio histórico de Felipe II y de su obra monumental, y después de haber terminado de la manera que lo permiten los límites de un periódico, nuestro

humilde juicio acerca del colosal monasterio y de su régio fundador, no creemos fuera de propósito presentar como complemento ó apéndice de aquellos estudios, sino la descripción de la estensa fábrica del Escorial, porque esto requeriría un grueso volumen, al menos, noticia siquiera de sus principales proporciones y partes, indicando á la vez en este artículo, puramente de narración descriptiva algunas de las mas notables vicisitudes de la renombrada fábrica.

Ya dijimos en el segundo artículo á que nos referimos poco hace, que el 23 de abril de 1563 habíase colocado la primera piedra del monasterio. En efecto, en aquel día se dió principio á la obra, y esa histórica piedra puesta en el centro de la fachada del Mediodía, debajo de donde ahora está el asiento del prior en el refectorio, de figura cuadrada, llevaba en sus tres lados notables inscripciones grabadas por mano del mismo Juan de Herrera (2) asociado á la obra en aquel tiempo como

discípulo de Juan de Toledo (3).—En aquel día fue cuando con esa íntima convicción que da á los hombres de esforzado temple el sentimiento de su grandeza, dijo el modesto padre Villacastin «*asienten ellos la primera piedra que yo para la postrera me guardo;*» y en efecto, veinte y un años pasados, no cabales, en 13 de setiembre de 1584, puso por sus manos la última en la cornisa de la parte del colegio (4) á presencia del rey, en cuya piedra, según testimonio del mismo Villacastin consignado en sus memorias, se hizo una cruz negra sobre la gola y en el sobrelecho della una caja, adonde se puso escrito en pergamino el día y año, los Evangelios con otras cosas santas, y quien era rey y papa y prior de esta casa y otras cosas de memorias.

Durante la prosecucion de la obra, tuvieron lugar acontecimientos que bien pudieron poner en inminente peligro su terminacion, si hombres de menos energía que Felipe II y cuantos le rodeaban é intervinieron en ella, hubiesen debido realizar tan colosal proyecto. A poco de haberse comenzado, cuando solo estaban abiertas las zanjas principales y hacinados los materiales para el edificio, al marchar Felipe II á las córtes de Monzon, hallóse tan desprovisto de fondos, que tuvo que suspender la proyectada fábrica; y habriase quizá abandonado sin la perseverancia del rey, y el celo del contador Andrés de Almaguer, que proporcionó los medios para reunir numerario; medios que la historia no nos ha trasmitido, por mas que produjesen tal contentamiento en Felipe, que concedió á los hijos de Almaguer una pensión, y á este, privilegio de hidalguía, y el derecho de llevar en sus armas unas parrillas.

Rebeliones del ejército de trabajadores que se ocupaba en la construccion del monasterio, turbaron tambien la sosegada y regular marcha de las obras, siendo la principal de ellas, la promovida por los obreros vizcaínos á consecuencia de una disposicion poco prudente del

alcalde mayor del Escorial, el licenciado Muñoz, quien olvidando los fueros é hidalguía de aquellos altivos españoles, trató de sacarlos por una falta de poca monta, montados en borricos para azotarles. Afortunadamente pudo cortarse á tiempo, y la rara clemencia de Felipe, debida, mas que á su deseo, á los ruegos del padre Villacastin y á la necesidad que de los trabajadores tenia, hizo que volviendo todos á sus faenas, continuase la suspendida obra. Algunos otros recuerdos de revueltas entre los trabajadores guarda la tradicion sino la historia, los cuales exagerados en demasia, han dado motivo á la estraña novela titulada «*los Misterios del Escorial*», publicada por Gabino Leonor.

Pero cual si las seculares montañas en cuyas vertientes se alza la portentosa mole, envidiasen la magnificencia de aquella obra colosal del arte, formábanse en sus cimas furiosas tempestades que descargando con rabioso furor sobre la fábrica, la pusieron en inminente peligro de completa ruina. El primer incendio, producido por una exalacion tuvo lugar en 21 de julio de 1577, y en él prendida la torre de la botica, ó del Poniente, alcanzó un nuevo lauro el esforzado duque de Alba. Cuando los escalones de la torre, vomitaban un rio del derretido metal de las campanas, cuando de todas partes caian pedazos enormes de madera ardiendo y piedras calcinadas, el anciano general se lanzó á lo mas alto del sitio de la catástrofe, y tan acertadas medidas dictó, que en breve pudieron cortarse los estragos del voraz elemento.

Pero un nuevo y espantoso incendio producido según se cree tambien por el fuego del cielo, vino á destruir durante su terrible duracion de quince dias, en 7 de junio de 1631, mucha parte del edificio, multitud de alhajas de inestimable valor y gran copia de manuscritos en su mayor número árabes, con no pocas preciosidades artísticas. Gracias á los esfuerzos de fray Marcos de Herrera, que logró realizar el pensamiento de la reina gobernadora doña Mariana de Austria, la obra de reedificacion se llevó á cabo hasta quedar concluida en 1678.

Entre otros aciagos acontecimientos que registra la historia, en los anales de aquel monasterio, es notable por su triste recuerdo la profanacion de que fue objeto, llevada á cabo en tiempos de Carlos II por los partidarios de don Juan de Austria, con motivo de la prision del desgraciado D. Fernando Valenzuela; profanacion que fue causa de que el hechizado rey, mandase edificar la capilla de la Santa Forma, asistiendo á la traslacion de ella, y dando motivo con este acto al magnífico cuadro de Claudio Coello.

(3) Las inscripciones que llevaba dicha piedra, eran las siguientes:
En el plano superior.

DEUS O. M. OPERI ASPICIAT.

En el de la derecha.

PHILIPUS II. HISPANIARUM REX
FUNDAMENTIS ERIGIT
MDLXIII.

En el de la izquierda.

JOANNES BAPTISTA ARCHITECTUS
MAJOR IX KAL MAII.

(4) Está en la cornisa de la parte del colegio sobre la octava ventana, contando desde la inmediata á la fachada del templo.

(1) Véanse los números 18 y 19.

(2) Así lo manifiesta este renombrado arquitecto en su memorial.

Dentro de su recinto, en octubre de 1807, formóse también la célebre causa al príncipe de Asturias don Fernando, sétimo después como rey, por aspiraciones al trono de Carlos IV, proceso en el cual fue absuelto contra el dictamen fiscal, así el príncipe como todos los complicados en él, sin embargo de lo cual el rey confinó ó desterró á varios de los procesados.

Despojos sin cuento á vuelta de nuevas profanaciones, sufrió el monasterio durante la guerra de la Independencia, contándose entre los cuadros sustraídos, el de la Virgen del Pez y de la Perla, conseguidos rescatar en 1815.

Reparaciones importantes hizo Fernando VII en la obra de Juan de Herrera, las cuales eran á la verdad muy necesarias, por el estado en que el convento estaba, á consecuencia de los nuevos incendios que ocurrieron en los reinados de Felipe V y Carlos III y de las invasiones extranjeras.

La planta general de todo el edificio es un paralelogramo rectangular que se extiende de N. á S. setecientos cuarenta y cuatro pies, y de E. á O. quinientos ochenta. Se dice que en la forma de ella se quisieron semejar unas parrillas, pero si bien es cierto que la dirección de sus galerías algo recuerda la figura de estas, no nos atrevemos á decidir, hasta qué punto pueda ser exacta dicha creencia; pues la disposición de las diversas partes del edificio, mas parece debida á la simétrica colocación de los múltiples miembros de la obra, tan propia del estilo arquitectónico á que corresponde, que simbolización mística.—Las fachadas del monasterio, formado todo él de piedra berroqueña ó de granito, no miran directamente á los cuatro vientos, sino que tienen una declinación de algunos grados. Delante de las del N. y O. se extiende una espaciosa lonja y por E. y S. magníficos jardines sostenidos al nivel del arranque de los muros por atrevidas arcadas, presentan agradable contraste con la severidad de la fábrica.

La fachada principal de todo el edificio es la del Oeste, con setecientos cuarenta y cuatro pies de largo por sesenta y dos de alto, termina en las esquinas por dos torres de doscientos pies de elevación, con cuadradas ventanas cubiertas de pizarra, y remates de bolas y cruces. De las tres portadas que hay en este lado, la de en medio, que como deja comprenderse es la principal, consta de dos cuerpos, el primero de orden dórico y el segundo jónico. Las columnas y todas las piezas de esta portada son de colosales proporciones, lo mismo que el San Lorenzo colocado en el segundo cuerpo, y las armas reales esculpidas en piedra, que se ven por debajo de él. Las otras portadas se forman de cuatro pilastras de diferente altura por buscar la elevación del tímpano.

El estenso patio de los reyes á que da paso la portada principal, después de atravesar un ancho pórtico, tiene doscientos treinta pies de largo por ciento treinta y seis de latitud, llevando los costados adornados con resaltadas pilastras y ventanas cuadriláteras. Al frente de él, tras una amplia escalinata de siete gradas que ocupa toda su anchura, se alza la fachada de templo con cinco arcos, en cuyos macizos se levantan seis colosales columnas dóricas de resalto, estando aísalas las de en medio, y pareadas las de los extremos. Ventanas cuadradas se abren sobre los arcos, y terminado el primer cuerpo á la altura del cornisamento general, se apoyan sobre las columnas robustos pedestales, que reciben seis estatuas de reyes del Antiguo Testamento, esculpidas todas ellas, como el San Lorenzo de la fachada exterior, por Juan Bautista Monegro. Pilastras siguiendo la línea de las columnas, se alzan tras las estatuas, y remata la fachada con un frontispicio, cuya cornisa inferior se interrumpe por una ventana tan grande como los arcos del pórtico, la cual presta luz á la iglesia. Dos torres cuadradas arrancando de la parte del convento y colegio, adornan los lados de esta fachada, llevando resaltadas pilastras y ventanas.—Cuatro cuerpos todos de poca diferencia forman las torres, que terminan por una cúpula ó media naranja rematada por linternas de ocho ventanas, de donde sale un obelisco de piedra conteniendo una bola, en que se apoya la cruz (4).

Pasados los arcos del cuerpo inferior de esta fachada, se entra en el vestíbulo del templo de veinte pies de ancho por ciento treinta y ocho de largo, en cuyo frente se abren otros cinco ingresos, los tres de en medio para dar paso á la iglesia, y los laterales á dos pequeños patios que hay á los lados del coro. Latinas inscripciones se leen sobre mármol negro encima de estas puertas, cuyas hojas están formadas de acacia y de encina (5); y

(4) De estas dos torres la del lado del colegio, tiene treinta y una campanas que se tocan por medio de teclas, formando un todo armónico. Esta especie de órgano, obra de Melchor de Arce, fue remediada á Carlos I, por el conde de Monte Rey, gobernador de Flandes.

(5) Estas inscripciones dicen así:

La de la derecha de la puerta.
D. LAURENT.—MART
Philipp. omni. Hisp. Regn. utriusque Sicil.
Hier. etc. Rex hujus templi primum dedicavit lapidem
D. Bernardi sacro die
Anno MDLXIII
Rex divina ferit in co. capta pridie festum D. Laurentii
Anno MDLXXXVI

La de la izquierda.
PHILIP II.
Omni. Hisp. Regnor. utriusque Sicil.
Hier. etc. Rex Camilli Cajet. Alexandr. Patriarchae. Nuntii
Apost. ministerio hanc Basil. cum S. Chrismate conservavit
pie ac devote curavit die XXX augusti
Anno MDXCV.

después de ellas se entra en el bajo coro, con su bóveda plana de admirable combinación y de un atrevimiento que raya en lo temerario. Capillas á los lados de este recinto ofrecen bien tallados altares para el culto, y pasando las magníficas rejas de bronce que cubren los claros de otros tres arcos se entra en la iglesia, propiamente dicha, vastísimo cuadrado de ciento ochenta pies en que se alzan tres gigantescas naves formadas por cuatro fuertes pilares de treinta pies de grueso cada uno, colocados en el centro á cincuenta y tres de distancia entre sí, y correspondiendo con ellos otros ocho, resaltados en las paredes. Realzadas pilastras e triadas de orden dórico como toda la iglesia adornan los pilares, y en los huecos de los que llevan las paredes, se abren capillas, y encima de ellas estensas tribunas, de las cuales las dos laterales sostienen magníficos órganos. Un segundo cuerpo se eleva sobre la cornisa á la altura de los cuatro arcos del cimborio, cuya gran mole se alza sobre un pedestal circular de veinte y dos pies de alto, y doscientos siete pies de circunferencia por sesenta y seis de diámetro. En la parte exterior de esta cubierta, se presenta dicho pedestal de ciento diez pies cuadrados por banda, con la cornisa adornada de pilastras y bolas, formando dentro un gran balcon por donde puede darse vuelta á los cuatro lados. En el cuerpo del cimborio hay ocho ventanas de grandes dimensiones é intercaladas columnas dóricas resaltadas, con nichos en los intercolumnios, á las que corresponden en el interior pilastras del mismo género. Sobre las columnas da vuelta el arquitrave y friso, rematando con una cornisa de gran vuelo, encima de la cual se alza un gran zócalo, en que asienta la gran cúpula ó media naranja, con diez y seis fajas resaltadas que vienen á terminar en el anillo de una linterna, que se levanta sirviendo de clave á la cúpula. Ocho ventanas cuadradas lleva también este fanal alternando con pilastras que se elevan á manera de aletas, y remata el todo de la gigante mole, otra cupulita que da apoyo á una pirámide estriada de treinta pies de alto, sobre la que asienta una bola de metal sosteniendo el barrón de la cruz. Su altura total desde la superficie del templo es de trescientos treinta pies.

Frescos de Jordan y otros autores cubren las bóvedas de la basílica, y á los dos lados de la capilla mayor, se guardan los ricos y magníficos relicarios cerrados con puertas de dos hojas, que sirven al mismo tiempo de retablo para los altares.

La capilla mayor, formada en un grande espacio, continuación de la nave central en la dirección de O. á E. con un fondo de cincuenta pies y setenta de frente, se levanta sobre doce gradas de jaspe sanguíneo que atraviesan todo el ancho de la nave, y á los lados de la estensa mesa en que termina la escalinata y sobre la que se abre el gran retablo, están los oratorios y entierros reales con las estatuas en bronce cada uno de ellos, del emperador Carlos V y de Felipe II, con sus familias.—El retablo, todo él formado de finísimos jaspes, metal y bronce dorado, se forma de cuatro cuerpos, de los diferentes órdenes de arquitectura dórico, jónico, corintio y compuesto. En el intercolumnio central se halla la custodia, y los restantes compartimientos se adornan con magníficas pinturas y estatuas, rematando el todo un gran crucifijo con la Virgen y San Juan á los lados, de bronce dorado á fuego, esculturas admirablemente labradas por Leon y Pompeyo Leoni. Las bóvedas de esta capilla llevan pinturas de gran mérito.

Difícil, si no imposible tarea sería, la de querer reducir á los estrechos límites de un artículo, la descripción detallada de las diversas partes que componen esta suntuosa fábrica. Imposible decimos, si hubiéramos de ir recorriendo la sacristía con sus cuadros de Vinci, Veronés, Rubens, Murillo, Tintoretto, Parmesano, Greco, Castel Franco y otros célebres pintores; el retablo de la santa forma con su cuadro de Coello y los interiores adornos del camarín, trazados y llevados á cabo por Francisco Rizi y José del Olmo; el ante-coro con su estatua romana convertida hábilmente en un San Lorenzo; el coro y su sillaría de Juan de Herrera, su magnífico fascistol, y su bóveda pintada por Rómulo Cincinato; el tras-coro, con el admirable Cristo de Benvenuto Cellini; el panteon con el recuerdo y el retrato de fray Nicolás Madrid que venció los inconvenientes de la obra, y el exornado de don Juan Bautista Crescencio; el panteon de los infantes; el claustro principal bajo y sus frescos de Peregrin, Luquetó, Carvajal, Cincinato y Barroso; el patio de los Evangelistas con su precioso templete adornado por esculturas de Juan Bautista Monegro; las salas de capítulos con sus preciosos rafaelescos y sus lienzos de los mejores maestros de las escuelas italiana, alemana y española; la escalera principal, trazada por Castelló y Bergamasco y sus magníficos frescos de Jordan; el camarín con su retablo de ébano resto del que llevaba Carlos V á sus expediciones militares; la celda prioral con su notable fresco de Francisco Urbino; la sala de capas y en ella el San Miguel de doña Luisa Roldan, escultora de cámara de Carlos II; el refectorio con la cena del Ticiano; en la biblioteca principal sus frescos, sus retratos de reyes y sus escogidos libros colocados con los cortes hacia fuera en la magnífica estantería; los inapreciables manuscritos de la biblioteca alta; la modesta y aun pobre habitación del fundador, con su escritorio, sus libros, sus sillas y sus taburetes; la sala de batallas y sus frescos de

Granello y Fabricio; las magníficas habitaciones del palacio de los reyes colocadas detrás de la capilla mayor formando, como vulgarmente se dice, el mango de las parrillas; y tantas y tantas preciosidades, en artes, en ciencias y en reliquias, como encierra este monasterio, á quien justamente llama el ciego Cornelio, su mas antiguo *Cicerone*, hipócrita, porque no demuestra toda su grandeza, y los infinitos tesoros que encierra, bajo una apariencia modesta y severa.

La magnífica vista que de este edificio presentamos, tomada de la llamada casa de abajo, ofrece la perspectiva del monasterio por el lado del palacio, sencilla y sin ningún género de adornos, lo mismo que las otras fachadas de Norte y Sur.

Nada añadiremos tampoco sobre la llamada *compaña*, las casas de oficios y demás obras posteriores que han ido todas ellas siguiendo el mismo gusto de la gran fábrica de Toledo y Herrera, porque nuestro objeto principal era el templo y el monasterio.

Intentamos dar á conocer las principales vicitudes de este edificio y una idea, siquiera fuese vaga y genérica, de la grandiosidad de sus partes y de sus infinitas preciosidades.—Pero el Escorial no se describe en breves líneas; para apreciarlo debidamente, es necesario un detenido exámen. Al visitar aquel gran edificio, no se puede ir como la mayor parte de los viajeros, por breves horas. Si hubieran de apreciarse con detenimiento los tesoros en que abunda, largos años serían necesarios invertir en su concienzudo exámen, para que fuera fructuoso el estudio.

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

MARRUECOS.

EL PRINCIPE ALY-BEY-EL-ABBASS.

(DON DOMINGO BADIA Y LEBLICH).

El vivo interés que se ha despertado en todos los corazones españoles hacia la probable lucha con el imperio marroquí, nos impele á sacar del olvido en que injustamente yace la memoria de un ilustre compatriota nuestro que á principios de este siglo figuró en grande escala (aunque sin conocimiento del pueblo español) en esta gravísima y providencial cuestión, que pudo entonces quedar resuelta ventajosamente á favor de España; y que solo murió ahogada en la timorata conciencia y rectitud del desdichado monarca Carlos IV.

El príncipe de la Paz en sus *Memorias* publicadas en París en 1836, consagra un capítulo entero (el XX del tomo 4.º) á revelar prolijamente este proyecto y delinear al personaje singular que en él jugó el principal papel; y á dicho capítulo y á los documentos oficiales que le acompañan, remitimos al lector que guste enterarse por menor de la importancia inmensa de tal proyecto, del entusiasmo y ardor con que le apadrinó y condujo el poderoso valido Godoy, y de los medios inauditos con que supo conducirlo el heroico personaje cuya colosal figura vamos á borrajear.

Don Domingo Badia de Castro y Lebllich (célebre en Europa, Africa y Asia, con el nombre de *Aly-Bey-el-Abbassi*), nació en Barcelona en 4.º de octubre de 1767, de don Domingo Badia y doña Catalina Lebllich. Dedicado con ardor desde sus mas tiernos años al estudio de las matemáticas, á la delineación y al dibujo, siguió la geografía, astronomía, física y música; pero su atención se dirigió particularmente al estudio de las lenguas orientales y especialmente el árabe moderno, que llegó á serle tan familiar que parecia su propio idioma.

Con estos conocimientos, asombrosos para su corta edad, llamó la atención del gobierno de Carlos III, que á los catorce años le confirió el destino de administrador de utensilios de la costa de Granada; á los diez y nueve ya era contador de guerra con honores de comisario, y á los veinte y seis administrador de tabacos de Córdoba.—Pero estos empleos, ciertamente extraordinarios para sus años, no eran de modo alguno correspondientes á sus peculiares conocimientos y á su talento y valor excepcionales.—Así que sintiéndose llamado por su vocación y por sus alientos á mas altas empresas, presentó al gobierno de Carlos IV en 1801 un proyecto de viaje científico al interior del Africa; y el príncipe de la Paz, que le conocía y apreciaba, así como al ya célebre naturalista don Simon de Rojas Clemente, su compañero y amigo, les concedió permiso y facilitó los medios para llevarle á cabo.—En su consecuencia ambos amigos, Badia y Clemente, salieron de Madrid para París y Londres en 12 de mayo de 1802, en cuyas capitales entablaron relaciones con los sabios mas distinguidos y con los mas importantes establecimientos científicos, y se provieron de los instrumentos necesarios para las observaciones, adquiriendo tambien una magnífica colección de historia natural, que enviaron al real gabinete.

El príncipe de la Paz en sus ya citadas *Memorias* dice que vista la intrepidez, el talento y superiores medios de Badia, cambió la idea primitiva, y proyectó dar á su intentado viaje un objeto mas importante aun para la España, conviniendo con él en que, aunque conservando en la apariencia el carácter científico, le condujese con la mayor reserva y prudencia hacia el objeto político de en-

tablar relaciones íntimas y comerciales entre España y el imperio de Marruecos, procurando para ello ganar la voluntad del emperador y adoptar los demás medios que su sagacidad y patriotismo le permitiesen.—A este efecto, y con el fin de que Badia pudiera fascinar por completo al monarca y validos de aquella corte semi-bárbara, hallóse medio de forjar al mismo Badia una genealogía completa árabe, como hijo de Othman Bey, príncipe abbassida, y descendiente del Profeta; vistió el traje musulmán, prestóse en Londres (aunque con riesgo inminente de su vida) á la dolorosa operación de la circuncisión, y revestido con todas estas señales exteriores, y con sus inmensos conocimientos en las ciencias físicas y matemáticas, en las costumbres y la literatura oriental, regresó á España, donde recibiendo las instrucciones reservadas, los numerosos documentos y recomendaciones que debían sostenerle en esta peligrosa empresa, y que con los demás medios materiales le facilitó el poderoso valido príncipe de la Paz, partió de Tarifa y desembarcando en Tánger el 29 de junio de 1803.—Aquí ya desaparece completamente la personalidad de Badia y solo se ostenta la grandiosa figura del príncipe Aly-Bey-El-Abbassi.

Su elegante y simpática figura, su porte majestuoso, sus títulos escritos en árabe antiguo y admirablemente confeccionados de sellos y firmas, la minuciosidad de sus prácticas religiosas, su completa posesión del idioma árabe, y mas que todo sus inmensos conocimientos en astronomía, química, historia natural, geografía, dibujo y medicina, llamaron desde luego hácia tan eminente personaje el respeto y la admiración de aquellos pueblos incivilizados, y ni por asomo se suscitó la mas pequeña duda acerca de su descendencia. Decíase un príncipe Abbassida, descendiente del Profeta y procedente de Alepo (en Siria) y que después de haber viajado largamente por Europa para estender sus conocimientos, iba ahora al Africa y al Asia á continuar sus investigaciones y á realizar la santa peregrinación á la Meca, tan recomendada á todos los verdaderos creyentes.

Después de una larga permanencia en Tánger (donde fascinó completamente á toda la población y á sus autoridades), pasó á Marruecos y á Fez, siempre con la misma inteligencia del gobierno español, y presentado al fanático y desdichado emperador Muley-Soliman, llegó á ser tal el ascendiente que tomó sobre él, que no solo le trataba como amigo y hermano, no solo le consultaba en todas ocasiones y en los negocios mas arduos, sino que le colmó de regalos verdaderamente regio, haciéndole entre otras donaciones la de un magnífico palacio cerca del suyo, y de la deliciosa posesión ó sitio real de *Semelalia*, inmediata á la ciudad, enviándole mujeres de su harem imperial, y descausando absolutamente en él todo el peso de la corona.—Al propio tiempo el pueblo y los magnates del imperio (que odiaban en general al despótico y estúpido Muley-Soliman), favorecían con sus simpatías y con su obediencia casi idolátrica al príncipe Aly-Bey, hasta el estremo de llegarse á formar un partido poderoso para exaltarle al trono y deshacerse del aborrecido Muley. Por otro lado alzábse en el interior del imperio otra formidable facción, siempre en contra del sultan reinante, y á favor de Heschán, hijo de Acmet, y uno de los príncipes de la sangre; y nuestro intrépido Aly-Bey se hallaba en la situación mas crítica y comprometida en presencia de ambas banderías, y representando ademas la suya propia, y todo ello teniendo que contar reservadamente con el gobierno español.

Su perspicacia y talento superiores le sacaron siempre de apuros. Ante todas cosas, y segun el primer propósito de su viaje convenido entre él y Godoy, exploró la voluntad del sultan reinante sobre la realización de la alianza con la España, y la estension de sus relaciones mercantiles; pero el fanatismo de Muley, no le permitía oír hablar siquiera de un país hácia el cual conservaba el encono y el odio de su raza, y fueran cualesquiera las seguridades y ventajas que con la mayor reserva y discreción le hacia concebir Ali-Bey de la alianza con el español y de su protección contra las facciones que hacían peligrar su corona, siempre acababa por manifestarle que su único propósito y deseo, era no solo rechazar constantemente á los españoles establecidos en el interior de su imperio, sino, si era posible, penetrar en nuestro territorio y restaurar las antiguas mezquitas de Córdoba y Granada. Visto lo cual por Badia, trató de entenderse con el competidor Heschán, y hacerle comprender que el gobierno español apoyaría sus pretensiones al trono; á cuya insinuación, respondió el hijo de Acmet que si tal llegaba á realizarse, él cedería á la corona de España el reino ó provincia de Fez, es decir, Tánger, Tetuan, Larache y otras ciudades no menos importantes en la parte mas civilizada del imperio.—Esta disposición de los ánimos y de los negocios fue transmitida al gobierno español, y ratificada por los cónsules que estaban en el secreto, todos los cuales no dudaban en asegurar que el príncipe Heschán ó el mismo Ali-Bey seria exaltado al trono siempre que se le facultasen algunos medios materiales para apoyar la insurrección. Y el propio Badia escribía á Godoy que tenia entre sus manos á un nuevo Motezuma.

Pero el mismo exceso de confianza y de generosidad del monarca marroquí (segun esplica minuciosamente el príncipe de la Paz en sus *Memorias*), fue la causa única de no haberse llevado á cabo tan atrevido proyec-

to, la rebelion de aquel reino y su probable agregación á la España.—Ya estaban dadas las órdenes al marqués de la Solana, capitán general de Andalucía, para enviar á Ceuta con la posible reserva las tropas y armas que pedia Ali-Bey; ya era conocido de dicho capitán general, de nuestros cónsules y demás autoridades el atrevido intento; ya habia partido y regresado de Africa el bizarro coronel don Francisco Amoros (de cuya boca aun lo oimos en París en 1833) para entenderse y concertarse con Badia hácia el logro de una empresa que habia de asombrar á Europa; cuando un incidente imprevisto vino á echar por tierra tan gigantesco y aun temerario designio.—Al dar cuenta el príncipe de la Paz al rey Carlos IV de los términos en que se hallaba todo ello, al explicarle y leerle las cartas del supuesto Ali-Bey, en que manifestaba la absoluta confianza que le dispensaba el monarca marroquí, y sus augustas liberalidades, entusiasmando-se en la brillante descripción de la posesión real de *Semelalia* que le habia regalado aquel; al desplegar ante los ojos del monarca español los planos de aquella magnífica posesión, el bondadoso, el pacífico Carlos IV, no pudo menos de revelarse contra la idea de ser cómplice en una desleal traición y de pagar con ella la espléndida hospitalidad y confianza dispensada al supuesto Ali-Bey por el monarca marroquí; y cambiando de repente de propósito y á riesgo de comprometer la existencia del intrépido viajero y de perder para siempre la ocasion de acrecer los dominios españoles en aquella parte del mundo, ordenó al príncipe de la Paz deshacer todo lo hecho, mandando expedir contra órdenes al marqués de la Solana para no enviar las tropas, y á Badia la de salir de Marruecos; encerrándose en aquel religioso principio «*Non sunt facienda mala ut inde veniant bona.*»

Grande y profundo fue el sentimiento de Godoy al verse obligado á renunciar á su plan favorito, y mas grande aun el compromiso del intrépido Badia que se hallaba ya en medio del camino peligroso donde se habia adelantado acaso mas que debiera, y con el secreto partido ya entre muchos; pero su admirable sagacidad halló medios de salir de aquel apuro; y abandonando el objeto político de su expedición, trató de continuarla bajo el científico, conservando, empero, su carácter de príncipe Abbassida, y siguiendo su peregrinación á la Meca segun los preceptos del Coran. (1)

En este inmenso é interesantísimo viaje al través de las regencias Berberiscas, la Grecia, el Egipto, la Siria, la Arabia y la Turquía, fue donde supo Badia desplegar en mil ocasiones las mas interesantes y peligrosas, la serenidad de su ánimo, su valor indomable, y la prodigiosa multitud y profundidad de sus conocimientos. Recibido con entusiasmo y veneración por los pueblos mas civilizados del Asia y Africa, por las tribus errantes de los desiertos, por los bajás soberanos de Trípoli, de Acre, del Cairo y de la Meca; consultado por los doctores de las diversas sectas del islamismo; reverenciado como un ser casi sobrenatural á causa de su carácter enérgico y sublime, de sus predicciones astronómicas, de sus curas asombrosas, y del magnífico tren oriental de su comitiva, abriéronse á su insaciable investigación los lugares mas sagrados, aquellos en que ningun cristiano ha podido penetrar jamás; pudo presenciar y tomar parte principal en todas las ceremonias mas recónditas del islamismo, y recorrer, en fin, el velo espeso que hasta entonces habia tenido encubierta la fisonomía y costumbres de la moderna sociedad musulmana.

La relación puramente descriptiva de su viaje que siempre bajo el supuesto carácter de príncipe Ali-Bey, y en el estilo oriental escribió dia por dia, y publicó luego en francés en 1814, encierra todo el interés de una novela y toda la importancia de la historia y de una descripción primitiva.—Sus prolijas relaciones del estado físico y material del imperio de Marruecos, de su gobierno y constitución política, de sus costumbres mas íntimas, de los desiertos africanos, y singularmente la del templo de la Meca, y las ceremonias de la peregrinación y visita, de las mezquitas de Jerusalem, del Cairo y de Constantinopla, y otras infinitas de que abunda su viaje, le darán siempre (y en esta ocasion particularmente para nosotros) un lugar altamente interesante, y deberia formar un título de orgullo para el nombre español, á no haber sido porque la fatalidad de los tiempos hizo que este insigne compatriota nuestro se viese obligado á hacer desaparecer su verdadera nacionalidad, y publicarle en Francia bajo el supuesto nombre que tanto habia enaltecido. Hoy es, y entre nuestros vecinos pasa aun por un príncipe árabe el autor de este magnífico viaje, y entre nosotros (aunque traducido tambien) es muy poco conocido y apenas nadie sabe que bajo aquel turbante y ropas orientales, latía el corazón de un compatriota contemporáneo, del insigne DON DOMINGO BADIA Y LEBLICH.

Terminaremos, sin embargo aquí, esta biografía con las noticias posteriores á su política peregrinación.

Llegado que fue nuestro Ali-Bey á Constantinopla en

(1) No podemos dejar de recomendar al lector todos los detalles y documentos oficiales de este interesantísimo negocio, que por su estension no trasladamos aquí, pero que podrán ver en las ya citadas *Memorias del príncipe de la Paz* y en las de Mr. Bausset, prefecto del palacio imperial de Napoleon, el que inserta ademas la correspondencia oficial y reservada que medió entre el ministro Godoy y el capitán general de Andalucía marqués de la Solana; donde se detalla la marcha del negocio y la asombrosa impavidez del héroe Badia hasta que por la espresa voluntad del rey Carlos IV tuvo que abandonarle cuando mas seguro estaba de su feliz desenlace.

octubre de 1807, permaneció en aquella capital muy obsequiado de nuestro embajador (que lo era á la sazón el marqués de Almenara) único que le conocia, pasando siempre á los ojos de toda la familia y personal de la embajada por un príncipe Abbassida, relacionado ó recomendado por nuestro gobierno al embajador (2). Allí tuvo las primeras noticias de las ocurrencias políticas acaecidas por entonces en España y la entrada de los ejércitos de Napoleon, con lo cual se determinó á acelerar su regreso; pero una larga enfermedad le obligó á detenerse en Munich.

No bien restablecido todavía, se trasladó á Bayona, á donde llegó en 9 de mayo de 1808, en los mismos momentos en que la familia real de España y Napoleon se hallaban en aquella ciudad.—Presentóse, pues, al rey Carlos IV, y habiéndole enseñado algunos papeles y planos relativos á su viaje, aquel monarca, después de examinarlos, le dijo: *Ya sabrás que la España ha pasado al dominio de la Francia por un tratado que verás. Ve de nuestra parte al emperador, y dile que tu persona, tu expedición y cuanto dice relacion á ella, queda á las órdenes esclusivas de S. M. I. y R., y que deseamos produzca algun bien al servicio del Estado.* Insistió Badia en seguir la suerte de la familia destronada, pero contestóle Carlos IV.—No, no; á todos conviene que sirvas á Napoleon.

Mr. Bausset, prefecto del palacio imperial, dice en sus *Memorias* que el emperador le envió á llamar cierto dia del mes de mayo de 1808 para decirle que acababa de hablarle un espanol de cien o viaje y aventuras interesantes, que le viese y se enterase de sus manuscritos; con lo cual el prefecto fué á buscar á Badia, á quien halló en el jardín del palacio de Marrac, y preguntándole su nombre, contestó: *Aquí y en España yo me llamo Domingo Badia y Lebligh; pero en Oriente soy conocido por Ali-Bey, príncipe de la familia de los Abbassidas.* El prefecto se estiende luego en referir las noticias del viaje de Aly-Bey que le refirió él mismo, de sus proyectos políticos y demás que queda referido, haciendo un completo elogio del claro talento, del valor, y hasta de la hermosa figura y porte verdaderamente oriental de Badia. Sin embargo del gran interés que le inspiró y que tambien debió inspirar al emperador, no tuvo por entonces otro resultado que el de ser recomendado á su hermano José, el cual tampoco pudo por entonces atenderle en mucho tiempo que vivió en Madrid con su familia, reducido á la mayor estrechez; has'a que quince meses después (en 1810), le envió aquel gobierno de intendente á Segovia: después pasó de prefecto á Córdoba, y por último, fue nombrado intendente de Valencia, de cuyo último destino no llegó á tomar posesión. Aun se conservan en dichas dos ciudades de Segovia y Córdoba recuerdos del intendente moro por lo que chocaba á sus habitantes su ademán y maneras orientales.

Comprometido por este modo con el partido afrancesado, emigró á París en 1814; pero como su proceder habia sido recto y patriótico, envió á pocos dias una esposicion á Fernando VII solicitando su vuelta á España, haciéndole una breve reseña de sus servicios y ofreciéndose á continuarlos en favor de S. M.; pero no habiendo tenido resultado dicha esposicion, no le quedó otro recurso que admitir la hospitalidad francesa y renunciar á su patria, que ingrata é indolente repelia la gloria de una de sus ilustraciones modernas. Fijóse, pues, definitivamente en París, publicó en 1814 su interesante viaje en francés, bajo el emblema de Ali-Bey y ocultando su verdadero nombre y patria (3) y en 1815 casó á su hija con Mr. Delisle de Sales, miembro del Instituto.

Este enlace y el aprecio que el gobierno de Luis XVIII hizo de Badia, proporcionaban á este los medios de pasar tranquilo el resto de sus dias: pero su arrojo y osadía

(2) No queremos dejar de estampar aquí una graciosa anécdota relativa á nuestro héroe en esta ocasion, que oimos varias veces de boca del difunto don José María de Carnerero, jóven entonces agrgado á nuestra legacion en Constantinopla.

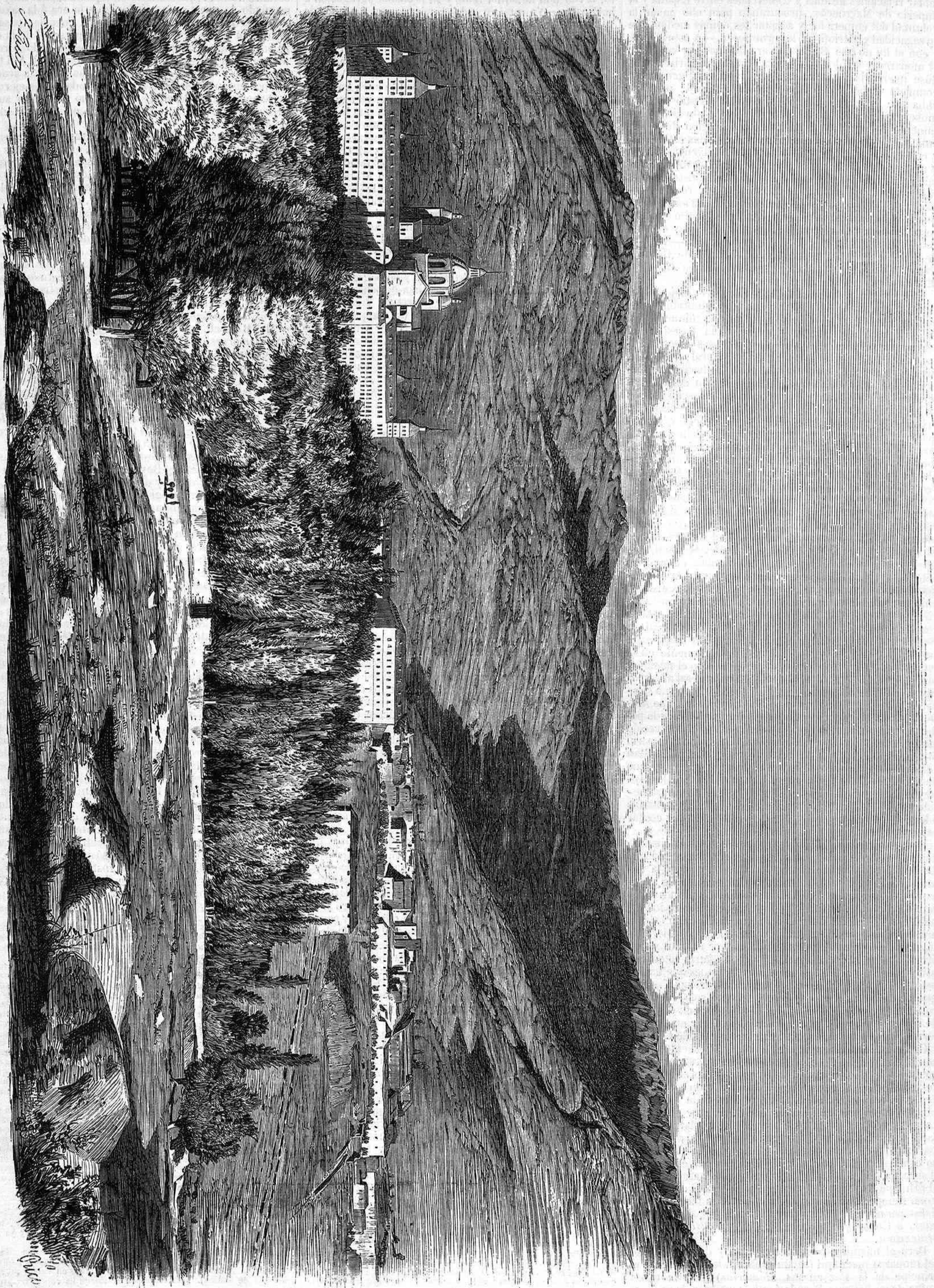
Un dia del mes de octubre reunió el embajador Almenara á toda la legacion, manifestándole que iba á llegar el príncipe Ali-Bey-El-Abbassi, poderoso magnate que le estaba altamente recomendado por la corte de Madrid, como fiel aliado y amigo; y que esperaba de todos los caballeros españoles le tratasen con el agrado y respeto debidos á sus distinguidas cualidades. Llegó en efecto el príncipe, seguido de una magnífica comitiva de esclavos y soldados, mujeres, camellos y caballos; apeóse en el palacio de la embajada, y fue presentada á él toda la legacion por el marqués, siguiendo la conferencia por medio de los intérpretes, y en árabe puro, con todas las etiquetas y retóricas figuras de estilo entre los orientales. Repitióse la tal escena constantemente mientras su permanencia en aquella capital, hasta que el dia de la despedida, hizo disponer el embajador un espléndido almuerzo, colocando al príncipe Ali-Bey en el lugar distinguido, y apresurándose todos á servirle por gestos y ademanes.

Mas por qué tanto en el medio de la mesa descollaba un gran plato de huevos revueltos con tomates, vianda algo exótica en verdad en semejante convite; pero que sin duda estaba puesto allí por capricho del embajador. No dejaron de notarlo y aun de afearlo algunos de los jóvenes españoles; pero ¡cuál fue su asombro cuando vieron al príncipe Ali-Bey, que animado de repente á la vista del plato, y poniéndose en pie, empieza á repartir á todos y á servirse á sí mismo con gracia y desembarazo, repitiendo con sonrisa placentera en puro lenguaje español, aquellos versos de Iriarte.

«Y ella les dijo: sois unos petates
yo los haré revueltos con tomates!»

El príncipe árabe reia de verás, el embajador reia tambien, todos los demás estaban sin creer lo que veían. Al dia siguiente y ya después de marchar Ali-Rey, supieron la verdad del caso.

(3) Cuatro tomos en 8.º francés, imprenta de Didot con atlas de cuatrocientas vistas y planos, todos dibujados por el mismo Badia. Tambien está traducido y publicado sin el Atlas en Valencia (1856, imprenta de Mallen). Tres tomos en 8.º marquilla con el retrato de Badia.



VISTA DEL MONASTERIO Y REAL SITIO DEL ESCORIAL.

invencibles, y el deseo de recobrar parte de los preciosos objetos científicos que había reunido en sus viajes (otros dicen que una misión política que le fió el gobierno francés), le sugirieron la idea de regresar á Oriente, como lo verificó con el sueldo, grado y consideraciones de general de division (mariscal de campo) que le había concedido el gobierno francés, aunque con el nombre y representación de Ali-Othman, príncipe oriental.—En algunas biografías se dice que celoso el gobierno inglés de la comision dada á Badia por el de Francia, se entendió con el bajá de Damasco, el cual le envenenó en una taza de café; pero nosotros hemos visto carta del guardian del convento español de San Francisco de aquella ciudad, en que dice que el desdichado Badia murió en el mismo de una disentería natural en 1822.—Su esposa (que le sobrevivió algunos años) residió siempre en París disfrutando la viudedad de general, y su hija, casada con *Mr. Delisle Salles*, creemos que viva aun en dicha capital.

R. DE M. ROMANOS.

UNA PEREGRINACION

AL MONSERRAT.

INVOCACION.

El nombre de Monserrat es mágico para todo catalan.

¡No hay corazon que no lata al oirlo: el niño lo canta, el romero lo pregona, el cristiano lo bendice.

¡Repítese, y penetrada de honda emocion el alma, abatida la frente, juntadas las manos, el labio se abre para articular una plegaria.

¿Qué es, pues, Monserrat para que su solo nombre produzca tal escitacion?

Decidlo vosotros, cuantos respirais las dulces auras

del Llobregat; cuantos habeis visto la luz en el nutrido suelo de la Lacetania.

Monserrat, siempre portento inesplicable, es para

joso por su hijo que padece, á la mujer ansiosa de ver su compañero ausente, á tiernos desposados que uándose las manos acuden á presentar su nupcial corona en el alta-



DON DOMINGO BADIA Y LEBLICH.

unos fenómeno de la naturaleza, donde el herborista y el geólogo hacen cada dia nuevos descubrimientos.

Para otros es admirable sitio, donde el artista y el poeta recogen á cada paso abundantes inspiraciones.

Para muchos es retiro amenísimo, donde el cuerpo y el alma se esplayan en inefables delicias, donde el enfermo se pone sano, el triste se alegra, el indiferente se conmueve y el creyente se entusiasma.

Para los mas es lugar de recreo y de devocion, donde tienen alzado sólo las majestades del cielo, al cual concurren y en el que se confunden todas las clases y categorías, todos los pueblos y naciones, las glorias presentes y las memorias de tiempos pasados.

Morada de santos, albergue de reyes, allí cada generacion va á prestar reverentes homenajes, cada familia á deponer el tributo de sus ofrendas.

Allí los príncipes han rendido sus coronas, los guerreros sus espadas, los cardenales sus púrpuras, los opulentos sus tesoros, los mártires sus palmas y las doncellas su virginidad.

Id allá, y en cualquier época del año, vereis mil animados grupos circulando por las veredas del monte, ya en pedestre comitiva, ya en lucida cabalgata al bullicioso son de los cascabeles, ya en procesion devota de peregrinos ó disciplinantes medio desnudos, que macerando su cuerpo avanzan penosamente, á veces descalzos, á veces de hinojos, arrastrando cadenas y cargados con una cruz.

No menos frecuentemente vereis desfilar, aislados ó en parejas, al enfermo restablecido; al náufrago salvado, al cautivo redimido, al padre congo-



VISTA DE MONSERRAT DESDE COLLBATÓ.

de la Virgen, protectora de la inocencia; y muchas veces tambien, ¡ay! infelices de todo linaje, que no hallando ya remedio en lo humano, acuden á buscar

consuelos en el seno de la que es fuente de todos ellos y dispensera de todas las gracias.

El acento de la gratitud, el quejido del dolor, las lá-

grimas del arrepentimiento y las alabanzas del justo, todo tiene igual cabida en aquel venerando lugar, monumento á la vez de la naturaleza y del arte, donde las

Pompas del culto se aunan preciosamente con los encantos de la creación, donde el aroma de las plegarias y el humo de los sacrificios, parecen elevarse mas ligeros confundidos con las emanaciones del bosque, el susurro de la brisa, el murmullo de las aguas, los ecos de las peñas, los trinos de las aves, y el mas admirable conjunto de armonía que en voces misteriosas parece entonar himnos de perpetua alabanza á la sublime reina que se dignó escoger aquel sitio para asiento de su consagrada imagen.

¡Salve, tostada emperatriz de nuestras montañas!

También nosotros te saludamos, porque también en nuestro pecho arden puros sentimientos de veneración, como en el mas catalán y en el mas amante.

Confundidos no pocas veces entre tus adoradores, arrobado el espíritu, enagenóse á la contemplación de tanta majestad.

¿Y quién, al verla, podrá dejar de pregonarla?

Hé aquí lo que nos pone la pluma en la mano. Pero antes de pasar á describir los primores de su alcázar, Madre piadosa, que nunca cierras tu oído al suplicante, ni retiras tu mano al indigente, acoge benigna nuestro homenaje, y dándonos aliento para el acertado desempeño, dignate velar nuestra osadía á la sombra de su manto celestial.

I.

ITINERARIO.

Anant á Monserrat, pujai pel' Bruch,
De gestas y recorts ilustre lloch.
Si vols, en Collbató reposa un poch,
Y gosa de la vista, si no ets lluch.
Tremolará de pó lo menos pruch
Devant de tanta peña en tan curt lloch.
La Cova admirará, fet un badoch,
Y la gran mole del convent feixuch.
Poch ha, tot era allí superbo y rich,
Mes ay! de guerras y motins renech
Que passáren de Deu la casa á sacht!
La Verge... quatre monjos... algun llech...
Tristas reliquias, del grandor antich...
Aixó queda per dol! Deu los ho pach.—

(Imitacion de Serra y Postius).

En otros tiempos en que la fe y la piedad andaban hermanadas con la sencillez de vida y costumbres, el devoto romero tomaba su bordon y su esclavina, y á cortas jornadas, pasando las gruesas cuentas de un rosario, emprendía su penosa ruta hácia Monserrat. Hoy, la santa peregrinación suele presentar mas bien el carácter de una partida de placer. Los piadosos viandantes se convierten en una turba de alborozados camaradas, que en una risueña mañanita de verano invaden el plebeyo ómnibus ó el wagon desencajador y se disparan rondando mas ó menos velozmente por las márgenes del Llobregat. Mientras el río pasa murmurando á sus piés, las alegres vistas de una tendida campiña ó las desiguales líneas de una calle de aldea cruzan ante sus ojos en variado panorama.

Quedan ya bien lejos hácia la espalda Monjuich y San Pedro Mártir, los dos vigilantes atalayas, de la segunda capital de España: de repente el suelo se inclina con notable desnivel, y un magnífico jardín de verdura asoma á los reflejos del alba tras el caserío de San Felio. Sigue el camino al través de frutales y melonares, y una brisa algo fresca acompañada de agrestes aromas, empieza á picar por el lado de Occidente. Las colinas se allanan, las cañadas se prolongan, una hilera de casas aparece: es Molins de Rey, villa de bonita apariencia, donde tienen sus quintas muchos propietarios de la capital. En el confin de la misma, dos líneas de álamos abren paso á una calzada, que entre anchos y robustos pretiles salva de uno á otro ribazo la corriente de las aguas: estamos en el magnífico puente, maravilla del arte moderno, que consta de quince arcos, y en cuya fábrica durante cinco años, se emplearon trescientos moriscos, sin contar los maestros y otra mucha gente del país.

Desde aquí por vez primera empieza á dibujarse en el fondo, hácia la derecha, cual oscura nube de forma vertical, la santa montaña, objeto de nuestra peregrinación.

Ya no dejaremos por mucho rato la compañía del agua, y lo variado de sus accidentes nos irá divirtiendo á cada instante: ora mansa y apacible nos retratará el paisaje en su límpida superficie, ora bullente y precipitada, salpicará de blanca espuma las presas que la fraccionan para el riego, ya nos aparecerá á lo lejos cual cinta de plata rodeando el llano de Pallejá ó el marmelón del Papiol, ya vendrá á estrellarse junto á nosotros como disputándonos el camino en la garganta de Roca de Droch, paso temible en circunstancias azarosas ó durante los horrores de una tormenta. En otros tiempos, cuando la carretera real seguía una dirección muy distinta de ahora, había aquí cerca un vado que dió nombre al inmediato pueblo de San Andrés de la Barca, decadente aldea que aun ofrece vestigios funestos de la asoladora marcha del francés.

Avancemos algo mas, y siempre con la perspectiva de Monserrat en el fondo, saludaremos de corrido el puente gótico del Diablo y el adjunto arco púnico de Amílcar, que se distinguen en el ingreso de la villa de Martorell.

Esta población nada tiene de interesante; sin embargo, es muy antigua, y como puesta en medio de principales arterias, raras veces ha dejado de tomar parte activa en nuestros sucesos políticos. Curioso es ver sentadas á cada puerta, al lado del marido que cepilla ó martillea, graciosas aldeanas, mujeres ó hijas, de tez morena y mirar espresivo; las cuales puesta una almohadilla en la falda, menean con soltura sin igual los palillos que les sirven para elaborar delicados encajes, una de las industrias características de nuestras payesas. Al salir de la villa tropezamos con las ruinas de un puente de construcción moderna, que hace no poco contraste con el antiquísimo que hemos admirado á la entrada, resistiendo el peso de los siglos. Tres consideraciones podríamos aducir á este propósito: la obra de ayer ha caído al embate de un torrente, mientras la ojiva gótica, ligera como un arco de rosas, desafía hace seis ú ocho siglos la furia de un río, casi siempre terrible en sus avenidas. Pero estas consideraciones no bastarán á impedir que nos apeemos para dejar que el vehículo rompa la corriente por donde pueda, mientras nosotros, con planta mal segura, iremos á deslizarnos sobre una estrecha palanca, espuestos acaso á una zambullida por la acción vertiginosa del agua, que pasa debajo en desvanecedores remolinos.

Trepemos, sin embargo, la cuesta inmediata, y toda impresión desagradable huirá al descubrir nuevamente, ya mucho mas cercana, la ansiada montaña. Dos horas faltan todavía para llegar á Esparraguera, horas mortales que la imaginación impaciente, en alas de curioso deseo, quisiera salvar con la rapidez de la vista, pero que como toda esperanza, no realizada desde luego, se irán dilatando á proporcion de nuestra impaciencia. Observemos mientras tanto el bello grupo de la rectoría de Abrera, que en mitad de un vallecillo y lanzado en aguja el airoso perfil de su campanario, se destaca sobre las tendidas líneas de la vega conveccion ó sobre las onduladas cumbres de una sierra mas lejana. En la sencilla portada de esta iglesia, bizantina y de pleno cintro, copiamos unos capiteles que no carecen de gracia, pudiendo dar muestra del fácil aunque tosco proceder del arte en la época de su construcción.

Finalmente, cruzando otro arroyo, llegamos á Esparraguera. Los derrengados jamelgos que nos arrastran, parecen reanimarse al amor del pesebre; ladran perros, gruñen cochinos, alborotan chiquillos, y á estos ruidos, sobre los que resalta el acompasado batir de los herreros, responde nuestro desvencijado carricoche con el chirriar de su herraje, lanzándose fastuosamente por la prolongadísima calle que bien caracterizara la estudiantina de Cervera con el apodo de *Ocho de oros*.

Esparraguera debe toda su vida á los bañistas del cercano establecimiento de la Puda y á los expedicionarios de Monserrat; no es, pues, extraño se haya ido prolongando en línea paralela á ambos lados del camino que le da ser y animación. En lo antiguo tuvo sus condes, y á mediados del siglo XIV pasó al señorío de Monserrat. Su iglesia es un edificio muy capaz flanqueado de una alta torre á la cual pueden subir caballerías, siendo su escalera toda una rampa.

Desde este punto, los viajeros, habiendo reposado y tomado algun refrigerio, pueden optar entre dos caminos que igualmente conducen al término de la expedición; uno la misma carretera que venimos recorriendo, la cual sube por el Bruch, tuerce un ramal por la garganta de Casa Masana, en la parte extrema y posterior de la montaña, y allí se bifurca, á la izquierda en dirección á Manresa, y á la derecha encajando en el camino particular del monasterio, que rodea la cuesta por la falda N. y N. E. y va á parar á las puertas mismas de él; y otro mas penoso, si bien mucho mas corto, que parte del lugarejo de Collbató en la vertiente Sur, y siguiendo una especie de desfiladero impracticable á los carruajes, por una serie de revueltas, en poco mas de dos horas guía al sagrado asilo de los peregrinos. Por aquí suele trepar la gente liviana y de buen humor, ó la que carece de tiempo y comodidades; y por el otro lado van las comitivas mas autorizadas, que no se apuran por falta de medios y que seguramente no resistirían una ascension fatigosa, ó no abandonarían á la insegura marcha de un jumento su respetable personalidad. Lo mejor es tomar á la ida por la carretera y á la vuelta por el atajo, y de este modo pueden admirarse las deliciosas perspectivas, y todos los aspectos de la montaña por sus diferentes lados, que ciertamente merecen recorrerse si ha de ser aprovechada la expedición.

(Se continuará.)

J. PUIGARI.

UNA CONVERSACION EN LA ALHAMBRA.

I.

LA PROCESION DEL CORPUS.

Con decir que en el presente año la ciudad de Isabel la Católica se propuso llevar tan lejos como le fuera po-

sible el alarde de su culto y de su devoción al misterio de la Eucaristía, se comprenderá el magnífico y deslumbrador espectáculo que han presenciado los que tuvieron la fortuna de encontrarse en aquel país de delicias durante los últimos días de junio de este año.

Entre este número nos contábamos un joven y yo, — que también lo soy. — A mí ya me conocen los lectores del MUSEO UNIVERSAL: diré quién era el otro joven. Había este llegado conmigo en la diligencia que me trajo últimamente á Granada; pero él no montó en la corte ni mucho menos, sino en la *venta del Zegrí*, que es como quien dice al fin de mi viaje; de modo que solo caminamos juntos unas seis leguas. Durante el corto tiempo que tardamos en recorrer esta distancia, apenas nos dirigimos algunos cumplimientos; pero en cambio, pude estudiar detenidamente su notable fisonomía y distinguido porte, y entretenerme, como tengo de costumbre, en inventarle imaginariamente toda una biografía.

Era mi compañero *in extremis*, — permítaseme la frase, — un gallardo mozo de veinte y dos ó veinte y cuatro años, de noble estatura, moreno y pálido como el mármol antiguo, reposado en su actitud, elegante en sus movimientos, serio y hasta melancólico cuando hablaba. Llevaba toda la barba, sumamente negra, muy atusada, y por naturaleza, de corte nazareno. Sus ojos grandes y espresivos, de un negro aterciopelado, recordaban á los piratas descritos por lord Byron. Las líneas de sus pobladas cejas, así como las de su bien rasgada boca, denotaban fuerza y elevación de carácter. Su dentadura, limpia como el marfil, y el azulado blanco de sus ojos contrastaban severamente con los toques negros de sus pupilas y de su barba. Su mano ostentaba mas bien la perfección anatómica que la aristocrática; pero sus piés eran irreprochables en ambos conceptos. Vestía el traje de camino de rigor en toda Europa, sin que ofreciera en él nada de notable, como no fuera el gracioso abandono con que lo llevaba. Cubría, en fin, su cabeza, pelada escrupulosamente, un gorro mediterráneo, medio inglés, que añadía perfiles clásicos á aquella magnífica figura.

¿Quién podía ser? En verdad os digo que me separé de él, al bajar del coche en Granada, sin haberlo podido averiguar y sin fijarme en ninguna de las mil conjeturas que formé por el camino. Ahora, si quieris saber cuáles fueron estas conjeturas, os diré que aquel joven me parecía á un mismo tiempo un capitán de bandidos, un príncipe viajando de incógnito, un artista italiano, un dependiente de una casa de comercio, un marqués andaluz, un pirata, un poeta, un cómico de provincias, un ser fantástico del género vampiro, un novicio de frailes Gerónimos y un soldado de Garibaldi; algo, en fin, de extraordinario por lo ilustre, por lo afectado, por lo terrible, por lo irónico ó por lo sobrenatural.

Pregunté al mayoral su nombre, y me dijo que, como se había subido tan cerca de Granada, no se lo había preguntado: pensé en seguirlo; pero mi equipage reclamaba mi atención: ocurrióme someterlo á un interrogatorio; pero lo juzgué descortesía. Contesté, pues, á su silencioso saludo con un movimiento de cabeza y me dirigí á mi albergue todo lleno de curiosidad.

Dichosamente, esta primera parte de mi artículo se llama por algo *la procesion del Corpus*. Concurráramos á ella; que acaso nos enteráramos allí de quién era mi compañero de viaje.

Eran las nueve de la mañana del día siguiente al de mi llegada á la ciudad de Boabdil, y ya las campanas repicando á vuelo, las músicas de la guardia tocando la *marcha real*, las olorosas yerbas que alfombraban la entoldada vía, las coladuras que adornaban los balcones y el numeroso gentío que lo inundaba todo, indicaban que la procesion recorria las calles de la Jerusalem de Occidente. Yo me aposté en la plaza de Bib-ramba, cerca del Zacatín, y pocos momentos despues desfilaron ante mis ojos corporaciones, cofradías, niños de la inclusa, cruces parroquiales y toda la brillante comitiva que sigue y precede al Santísimo Sacramento. Pasaron, al fin, las andas triunfales en que los ministros del altar llevaban la consagrada Hostia, y la silenciosa muchedumbre abatió la frente, cayó de rodillas y se golpeó el pecho, produciendo á todo lo largo de plazas y calles una sorda palpación de santo entusiasmo, cual si todos los corazones respondiesen con una sola voz á aquellos himnos que cantaban cien armoniosas voces, entre el repique glorioso de las campanillas de plata, mientras que el perfume del incienso y el aroma de las flores rodeaban la Custodia de una embalsamada nube....

Un solo hombre permanecía de pié en medio de la multitud postrada. Naturalmente, llamó mi atención: miréle, y era él: era mi compañero de viaje.

Yo no sé si en mis ojos tomó la estrañeza visos de reprensión.... Ello es que la mirada del joven se cruzó con la mia; me saludó levemente, y se arrodilló como todos.

Un momento despues, la procesion habia pasado, la gente se arremolinaba por volver á salir á su encuentro, y yo perdí de vista á mi hombre entre las oleadas de la muchedumbre.

II.

EL FANDANGO.

Aquella tarde subí á la Alhambra. Sus oscuras alamedas, sus viejos torreones, sus plazas y palacios estaban solos. La festividad cristiana retenía á todo el mundo en la ciudad: en semejantes dias, aquel paraíso árabe se halla sumido en el duelo y el abandono.

Entré en la *casa real*, como se llama ordinariamente al palacio de los reyes moros. Aquel palacio, hecho por las hadas, según Zorrilla, encontrábase también en la más triste soledad y hondo silencio. Acaso alguna gongolirina, procedente del Africa, cantaba sobre el mismo capitel en que sus antepasadas descansaron hace cuatro siglos.... También el sol acariciaba como en otro tiempo las esbeltas columnas del *patio de los Leones*, y no se desdeñaba de penetrar riente y cariñoso por las caladas galerías....

Pensando iba yo en cosas tan insignificantes como estas, cuando noté que no me hallaba solo en aquel patio. Alla, frente á uno de los bellísimos templetes que están restaurando en este momento, distinguí á mi compañero de viaje, que miraba fijamente el estado de la obra.

Mis pasos le hicieron volver la cabeza: púsose ligeramente colorado y vino á mí encuentro sin vacilar.

Dirigímosnos algunas frases de pura cortesía, y como la conversación diese fondo á las pocas palabras, volvióse él hacia el templete que examinaba cuando yo llegué, y me dijo con un tono de sentida queja.

—¿Por qué derriban esto?
Sugeríale esta pregunta la circunstancia de haber unos anclamos en torno del templete y hallarse por tierra los fragmentos de su techo.

—No lo derriban, le contesté; sino que lo reconstruyen. Este templete y aquellos otros fueron malamente restaurados en 1674 de la manera que V. ve, con tejas y mampostería al estilo de nuestros albañiles: hace poco tiempo la reforma empezó á derruirse, y al repararla el señor Contreras, inteligente artista encargado por nuestro gobierno de la restauración de este alcázar, encontró debajo de la grosera obra cristiana los puros lineamientos de la primitiva construcción árabe: ahora, pues, se ocupa en remediar los estragos del tiempo y del mal gusto, volviendo á construir estos templetes de la misma manera que estaban hace cuatro siglos.

—¿Con que los españoles amais la Alhambra! esclamó aquel hombre con extrañeza.

—Sobre toda ponderación, respondí.

—¡Oh! continuó él; dispense V. la emoción que me embarga.... Yo estaba aquí solo.... creí que nadie se acordaría hoy del viejo alcázar moruno: creí que todos permanecían allí abajo consagrados á la festividad que celebra la moderna Granada....—A propósito: debo á V. una explicación: esta mañana, en el Zacatín, me reprendió V. con la mirada.... no lo niegue V.... porque no me había arrodillado.—¡Ay! no fue soberbia, no fue impiedad.... ¡Quizás yo también soy ya cristiano! Era que el dolor me enloquecía.

—Perdóneme V. si no le comprendo, repliqué yo, haciéndome todo oídos, pues veía venir la ansiada biografía de mi hombre.

—Y sin embargo, prosiguió él con honda melancolía; yo necesito dar rienda suelta á mi sentimiento. V. es artista, según colijo de la explicación que acaba de hacerme, y por lo tanto, V. puede comprender mi locura. Ayer, cuando nos acercábamos á esta ciudad santa, V. me veía palpar en silencio.... Esta mañana, durante la procesion, V. sorprendió también las preocupaciones de mi espíritu....—V. es ya mi amigo y confidente.... Escúcheme V. un momento.

Mi príncipe, mi bandolero, mi comisionista se habia transfigurado al pronunciar estas palabras. Todo su ser revelaba la mas noble expansión. Sus ojos, ardientes y humedecidos, giraron en torno del maravilloso patio, y cogiéndome una mano convulsivamente, me condujo á la próxima sala de los *Abencerrajes*.

—¡Aquí, dijo; sobre esa fuente de mármol que aun ve usted enrojecida, los valientes zegríes hicieron rodar la cabeza de los abencerrajes!—En aquel patio, en esta sala, moraban aquellas huries, hijas de Yemen y de Damasco, que encantaron la vida de los soldados del Profeta. ¡Alza la vista y contempla esos calados miradores que aun visitará esta noche la menguante luna! Mira en esos techos bordados de oro y de carmin la misteriosa leyenda de cien gloriosas dinastías... ¡Allí están las alabanzas á Dios y á sus guerreros!—Desde *Alhama*, que levantó e te alcázar en cuarenta años, hasta *Boabdil* que lo abandonó en menos tiempo que dura un suspiro, todos han grabado su nombre en esas galerías fantásticas... ¡Oh viejo *Yussef*!... ¡oh desgraciado *Muley*! ¡oh noble *Mahomad*!... ¿dónde están vuestros infortunados descendientes? ¡Aquí teneis al último zegrí, que viene á evocar vuestras sombras entre las ruinas de la Alhambra!—¡Ay de mis infelices hermanos!

—¡El último Zegrí! exclamé maravillado. ¿Cómo? ¿usted?

En esto iba oscureciendo. Mi amigo se apoyó en mi brazo, y así dejamos la sala de los *Abencerrajes*, atra-

vesamos el *patio de los Leones*, cruzamos el del *Estanque* y penetramos al fin en el salón de *Embajadores*.

Por el camino iba yo dándome cuenta de todo lo extraño de mi aventura. ¡Encontrar un zegrí á mitad del siglo XIX, y encontrarlo vestido á la inglesa, hablando el francés y el español perfectamente, cortés y flexible como un *lion*, tolerante y humano como el mejor católico!—¿Qué poeta comprendería mayor fortuna? ¡Cha-teaubriand mismo me hubiera dado su abencerraje á trueque de mi zegrí!

El balcon ó agímez del salón de *Embajadores* es una de las mayores preciosidades de la Alhambra. Sus vistas dan á los siempre floridos cármenes de la carrera de Darro: en frente se perciben las pintorescas colinas del *Sacro monte*: óyese abajo el melancólico rumor del río que se abre calle por un abismo cubierto de rocas y de árboles; árboles y rocas que suben escalonados por todo el flanco de la fortaleza hasta que el ramaje penetra materialmente por los miradores y perfuma las estancias del palacio. Es un pensil babilónico; es un cuento de las *Mil y una noches*; es una construcción de Genios.

Pues á aquel balcon me asomé el Zegrí.

Ya se apagaba el crepúsculo al otro lado de la catedral, cuya oscura mole gigantesca se destacaba sobre el fondo de oro del Poniente. La luna empezaba á blanquear la copa de los árboles, deshaciéndose como una gasa de plata por las oscuridades de los bosques y las quebradas del terreno. Los ruiseñores, huéspedes eternos de aquel paraíso, despedían al sol con sus mas amorosos cantos, mientras que la corneja, esa reina del silencio, lanzaba ya su compasado gemido que habia de durar toda la noche.—Era la tarde... era la primavera... era en Granada!...—Los que no hayais amado ó sufrido en aquel eden, vanamente querreis imaginar todo el misterio, todo el encanto, toda la poesía que cabe en nuestra alma!

—Sí; yo soy africano; yo soy *Aben-Adul*; ¡el último de los zegríes! continuó aquel hombre extraordinario. Digo mal, yo soy tan español como tú; yo soy un granadino desterrado; yo soy de raza proscrita. Aun no hace tres siglos que mis padres, mi tribu entera, los deudos y vasallos de mis mayores fueron lanzados de las casas que habian construido, de las tierras que habian labrado, de los bosques que plantaron para que les dieran sombra en su vejez. «*Sois africanos*» les dijisteis ¡cuando llevaban siete siglos de vivir en España!, y los echásteis de esta tierra, los arrojásteis al mar; y ellos, por un milagro del Altísimo, nadie sabe cómo, nadando ó en frágiles barquillas, naufragos y hambrientos, llegaron á la otra costa del Mediterráneo, á Africa olvidada, á las playas de un continente desconocido!—¡Decíais que aquella era nuestra patria!... Pues escuchad. Llegamos allí, y los reyes del Atlas y del desierto nos llamaron *extranjeros* como vosotros, y nos dijeron «*¡sois españoles... volved al mar!*»—Hénos, pues, entre dos costas que nos niegan abrigo... ¡Hénos en la mas espantosa soledad!—Entre el mar y el imperio de Marruecos habia una playa asolada por la guerra. Llamábase el Riff.—Allí acampamos sin vestidos y sin pan, sin instrumentos de labranza, sin jefes ni sacerdotes, sin ley ni Dios, ¡como los malditos hebreos! Y allí estamos hace trescientos años, cargados con la tienda de lienzo que nos sirve de hogar, errantes, nómades, sin civilización, sin artes, sin nombre, sin rey, sin patria, sin sepultura! El emperador marroquí nos roba y nos persigue como á fieras. El rey cristiano nos llama perros y nos fusila. Ni el uno ni el otro nos da carta de ciudadanía, nos llama compatriotas, nos reconoce como hermanos. De aquí es que nosotros, los hijos de aquellos príncipes desheredados, volvemos mal por mal, pillaje por pillaje, hierro por hierro, infamia por infamia!—¡Allí están!... ¡Allí enfrente!... ¡Yo volveré nunca á verlos!... Allí están los que edificaron el Generalife, los que habitaron el Albaicín, los que hicieron un paraíso de esta vega, los que bordaron de jardines las márgenes de los ríos, los que labraron de oro las rocas, los que alfombraron de flores su camino!—Así invadieron ellos; así colonizaron.—Mi raza ha cumplido su misión sobre la tierra: no así la tuya. Nosotros, al pasar por España, la mejoramos, la civilizamos, la sacamos de la barbarie. Médicos, poetas, botánicos, arquitectos, filósofos, industriales, agricultores, todo lo fuimos en vuestro país. El arte y la ciencia deben de estaros agradecidos: la humanidad nos debe un voto de gracias. Pues allí están, vuelvo á decir; allí están mis compatriotas, sumidos en la miseria, en la ignorancia, en la ignominia; y vosotros aquí, felices, opulentos, poderosos, ilustres. Ahora bien, cristianos, filántropos, propagandistas, negrófilos, ¿qué habeis hecho por mis padres y mis hermanos? ¿Para cuando las armas? ¿Para cuando la elocuencia? ¿Para cuando el martirio? ¿Cómo no os horrorizais al pensar que entre Marruecos y España, entre dos pueblos civilizados, ó cuando menos constituidos en sociedad, hay una raza bárbara, salvaje, casi feroz, y que vosotros no habeis nada para redimirla? Yo comprendo el estado brutal del groenlandés que vive en los límites del mundo, en una montaña de hielo, inaccesible á los hombres de otra raza: yo lo comprendo también en el negro que vive enterrado en las arenas aun no exploradas de la zona tórrida: ¡en una y otra parte puede haber hombres fuera de la ley! ¡Pero que los haya en el centro del mundo

civilizado, lindando por todas partes con pueblos cultos, y que estos pueblos cultos los dejen vivir y morir como bestias feroces, es indigno, es sacrilego, es blasfemo, es abominable! ¡Vosotros, españoles, respondeis ante Dios de los crímenes que cometan los rifeños en esta vida y de su condenacion en la otra!... Vosotros, sí; por haber olvidado vuestro destino, por haber abdicado vuestro derecho, por haber faltado á la ley providencial de la civilización.—¡En cuanto á mí, continuó con amargura, yo no soy ya africano, yo no soy ya islamita, yo no soy ya zegrí!... A los doce años era todavía el poeta de mi kabila: un genioso cristiano me instruyó en tu lengua y en tu religion, y con tu lengua aprendí mi historia y mi historia me encendió la cara de vergüenza!—¡Yo, descendiente de reyes, convertido en una bestia como Nabucodonosor! ¡Yo, poeta, vivir despreciado del mundo que pienso y siento, ser la mengua de la humanidad, el pária de los ciudadanos, la penitencia de mis progenitores!...—Vendí mis ganados, vendí mi espingarda, vendí mi tienda, besé tres veces á mi prometida esposa, la bella Alcina, y huí del Africa para siempre. Diez años hace que reorro la Europa; la fortuna me ha sido propicia en cuanto he intentado: guerrero hoy en Crimea, comerciante ayer en la India, poeta un día en Jerusalem, marino en América, todo lo soy, todo lo he sido, todo lo seré menos rifeño. Pero si mis riquezas, si mi valor, si mi fe en Cristo, si mi amor al hombre ¡udiesen servir alguna vez para volver á mis hermanos la dignidad social que han perdido, la jerarquía humana que se les niega, los bienes de la civilización que olvidaron, mi vida no habria sido inútil y la felicidad descenderia por primera vez á mi corazón!

Así habló *Aben-Adul*. Yo le estreché la mano con verdadera ternura, y ya me disponía á contestarle con uno de esos artículos de fondo que nuestros periódicos dedican á nuestro porvenir en Africa, (artículos que el Gobierno ha considerado al fin de primera necesidad), cuando un nuevo incidente poético vino á levantar mas aun aquella patética escena, que yo hubiera indudablemente convertido en triste prosa.

Allá abajo, entre las árboles que se inclinaban sobre el río, percibióse la trémula y delicada vibración de una guitarra que balbuceaba, por decirlo así, algunos acordes del fandango.

—Oye... me dijo el zegrí. Los ecos del Africa responden á mis suspiros. Eso que escuchas es el canto del desierto, el rezo de la caravana.

Aquí el nocturno trovador entonó una de aquellas coplas de largas cadencias y voluptuosa melodía que encierran toda la apasionada tristeza de unos amores andaluces.

—¡Alcina! murmuró el africano.

Era, sí, la canturia melancólica de su tierra. Era aquel aire monótono y lánguidamente acompasado que encontró el francés David en los arenales argelinos. Era el *fandango*, era la *coña*, era la *rondaña*; éralo todo á un mismo tiempo. Porque ya sabreis que el amor andaluz ha glorado hasta el infinito y desenvuelto en mil y mil variaciones tristes ó lascivas, alegres ó religiosas aquel sencillo é incomparable tema que constituye nuestro tesoro musical... ¡Tan sentido y tierno, tan rico y espontáneo es ese tema que nos envidia hasta la inspirada Italia!

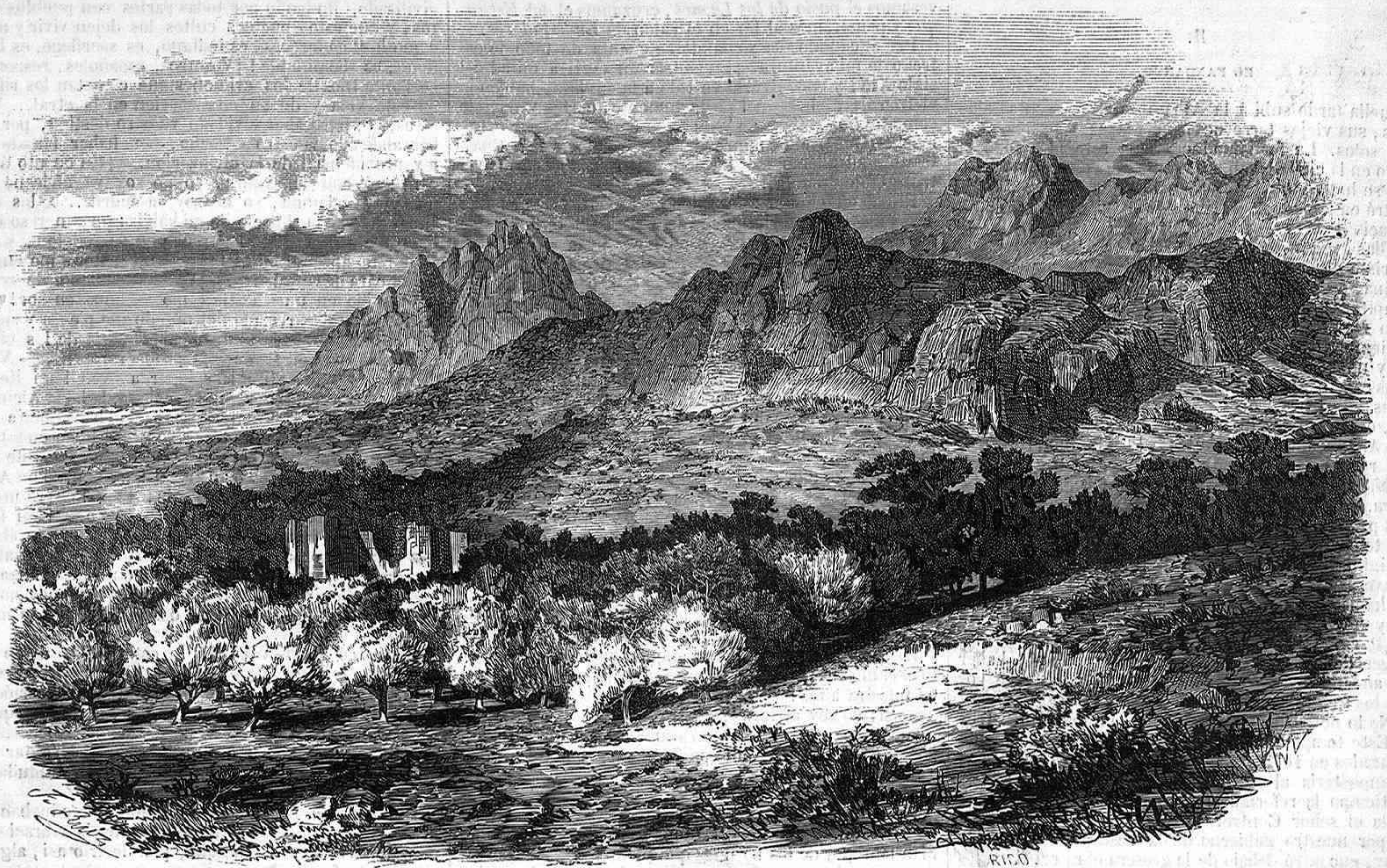
Yo de mí puedo deciros que ni en los cantos populares de otras naciones ni en los mas felices arranques del genio he encontrado el fondo de pasión y de dulzura, de infinita melancolía, de vago anhelo, de íntimo sentimiento que se adivina en esa queja incansante, en ese suspiro eterno, en ese *¡ay!* mil veces repetido sobre que gira el *fandango*.—¡Oh, y cuanto es de noche; cuando los tiempos pasados reaparecen en la imaginación, cuando la soledad, la luna, la dormida naturaleza, el silencio, la íngénita poesía del alma, todo viene á conturbar los mas apartados mares del espíritu, los nunca explorados desiertos de la idea... entonces, ay, entonces, ese canto berberisco, esa misteriosa guitarra, ese vago concepto de la copla, esa memoria perdida de los árabes, esa pena de desterrados que sentimos, esa esperanza de nuevas patrias que nos alienta, todo eso arranca del fondo de nuestro corazón un imotivado lloro, una santa y deliciosa tristeza, no sé que soleme y exaltada plegaria que bien puede compensar toda una vida de vanidad y de locura!

Así es que mientras yo pensaba en los sueños esplendurosos de mi niñez, concebidos al compás de aquella música, en los delirios de mi adolescencia, en los seres queridos que murieron, en las noches de amor desvanecidas, en las ilusiones que ayer miraba en el porvenir y que hoy solo encuentro en lo pasado, *Aben-Adul* pensaba en Africa, donde también resuena por la noche aquel patético canto, donde aquella misma luna esclarea los risueños valles del Atlas, donde acaso en aquel momento refrescaba la primera brisa el abrasado corazón de una mujer que no habia podido olvidarlo!

Mucho tiempo permanecimos de este modo, llorando silenciosamente los rigores de nuestro destino.

Al fin cesó aquella serenata que nos tenía como electrizados, y entonces el moro, enjugando sus lágrimas y estrechándome entre sus brazos:

—Adios, hermano, es lamó. ¡Nunca hubiera venido á la Alhambra! Parto para el Norte... Mañana no me



VISTA DE MONSERRAT.—ALREDEDORES DE COLLBATÓ.

alumbrará la luna de Andalucía. ¡Gracias por haberme comprendido! Adios, y El te acompañe.

Así habló; y sin esperar mi respuesta, alejóse y desapareció prontamente, como si se desvaneciera en la fantástica penumbra de las columnatas moriscas, que la luz del astro de la noche dibujaba sobre las losas del patio y sobre el agua silenciosa del estanque.

PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

REVISTA DE LA QUINCENA.

Hoy concluye el plazo concedido por nuestro gobierno al de Marruecos para darnos satisfacción de los agravios inferidos á nuestro pabellon ante los muros de Ceuta. Si esa satisfacción se niega, ó no se da tan cumplida como España debe y puede exigirla, mañana se retirará nuestro cónsul de Tánger, y en seguida avanzará la primera de nuestras divisiones, que arma al brazo, espera el resultado de las gestiones diplomáticas, para obtener, si es preciso, por la fuerza de las armas, lo que de buen grado no quiera concederse. Si la expedición se lleva á cabo, pocas empresas habrá habido que vayan mas acompañadas del asentimiento público: nuestro honor, nuestra gloria, nuestro porvenir están interesados en ella.

No parecerá extraño, por tanto que digamos, que durante la última quincena, el asunto de todas las conversaciones, el tema de las discusiones de los periódicos, y hasta el objeto de los mas particulares cuidados del gobierno, ha sido la cuestión de Marruecos. De todas las provincias han salido tropas en direccion al Mediodía de España: Ceuta, Melilla, el campo de San Roque, Algeciras, Alicante y Cádiz, están ocupadas por nuestros batallones. A los mismos puntos llegan á cada instante, tiendas de campaña, botiquines, municiones de boca y guerra y toda clase de pertrechos militares; en una palabra, en el departamento de la Guerra reina una actividad desusada hace mucho tiempo entre nosotros.

Y no ha sido solo en España donde la cuestión de Marruecos ha escitado la atención pública; tambien ha logrado atraer la de Francia é Inglaterra, y los periódicos de París y Londres, y mas estos últimos, hablan tanto del Riff y sus hordas, del imperio marroquí y de nuestros armamentos, como cualquiera de los diarios de Madrid. Sobre todo los periódicos ingleses, comentan nuestros proyectos, tratan de escudriñar nuestras intenciones y nos suponen preparados para algo mas que para vengar agravios de gente incivilizada. Sea de esto lo quiera, pues que los límites del Museo no nos permiten sino dar cuenta de los hechos sin pasar á discutirlos, es el caso que en las aguas del Estrecho se mecen á estas horas dos poderosas escuadras, francesa la una é inglesa la otra, hablándose ya de la próxima llegada de otra rusa, cuyo destino es mas difícil de adivinar que el de las dos anteriores. De todos modos la próxima quincena promete darnos abundante cosecha de sucesos.

No ha sido tan fértil la pasada, trascurrida toda en

espectativa: tal vez, como de ordinario sucede, la esperanza de lo futuro, nos haya hecho no fijar la vista en lo presente.

El tratado de Zurich, próximo ya á firmarse, no lo ha sido por haberse suscitado nuevas dificultades. No dudamos que llegará á concluirse; pero los obstáculos que á ello se han opuesto, prueban claramente que la solución que se dé á las cuestiones que en él se han ventilado, no será definitiva y que por esta parte debemos esperar tambien nuevos sucesos. Aunque desde Alejandro acá es muy comun cortar en vez de desatar los nudos gordianos, nunca un corte ha dejado de ser causa de otros muchos.

Del interior poco podemos decir á nuestros lectores: la mas importante noticia es la de haberse mejorado notablemente el estado sanitario de nuestras provincias de Alicante, Murcia y Cartagena. El puerto de Alicante ha sido ya declarado limpio y su via férrea volverá á ser como hace pocos dias, una de las mas importantes venas de nuestra riqueza. El número de víctimas que el cólera ha causado en Murcia ha sido el de 1,192, cifra bastante elevada, si se compara con la de su poblacion. En Algeciras las últimas lluvias han refrescado la imaginacion de los que se creian ya, á consecuencia de la aglomeracion de tropas, envueltos en la mas contagiosa de las epidemias.

Para toda España ha sido tambien beneficioso el monótono llover de estos dias, tan incómodo en las ciudades como rico y necesario para los campos. Puntos habia donde por falta de agua el labrador no habia podido confiar todavía á la tierra las semillas que han de ser su sustento el año que viene.

El 1.º de octubre abrieron sus puertas el Congreso de Diputados y la Universidad Central. El primero sin ceremonia alguna y la segunda con la acostumbrada de todos los años, leyendo el catedrático de derecho administrativo, don Manuel Colmeiro, un excelente discurso en que trazó á grandes rasgos la historia é influencia de nuestras antiguas universidades. El acto estuvo muy concurrido y solemne.

La academia de ciencias morales y políticas, de reciente creacion entre nosotros, ha publicado los temas para los concursos de 1860, 1861 y 1862. En el del año que viene serán los dos siguientes: 1.º ¿Conviene uniformar la legislación de las diversas provincias de España sobre la sucesion hereditaria y los derechos del cónyuge sobre viviente? 2.º Reseña histórica de la beneficencia en España; principios que convendrá seguir para enlazar la caridad privada con la beneficencia pública; hasta dónde debe extender su accion el Estado, las asociaciones caritativas y las particulares; medios de poner en armonía esta accion respectiva, fundándola en la economía social y en el sentimiento moral y religioso. Para 1861 los temas del concurso serán tambien dos, á saber: 1.º ventajas é inconvenientes de una liga aduanera peninsular y su influencia en la agricultura, industria y comercio de España: 2.º del poder civil en España desde los reyes

Católicos; causas de su preponderancia, instituciones y clases en que se apoyaba, y vicisitudes que ha tenido hasta el establecimiento del gobierno constitucional.— Para el concurso de 1862 el primero de los temas es: Medios de fomentar la poblacion rural en todas las provincias de España; y el segundo, Estado de la agricultura, artes y comercio de España en el siglo XVI; leyes que contribuyeron á su desarrollo; causa de su inmediata decadencia; política comercial de España y su influjo en bien ó en mal de la nacion; sistema económico que la ciencia y la esperiencia aconsejan servir para fomentar nuestra riqueza pública.

El premio que se dé al autor de la mejor memoria será de ocho mil reales en metálico y doscientos ejemplares de la obra premiada; habrá tambien un *accessit* consistente en un diploma y en doscientos ejemplares impresos de la obra que lo merezca.

Aunque con algun retraso, el teatro de Oriente se abrió por fin al público dando principio á sus funciones con la *Norma*, ópera representada con justo aplauso otros años y de agradables recuerdos para los concurrentes á este coliseo. El público oyó á la Grissi, y la Grissi á su vez oyó lo que no hubiera querido oír. En general la compañía desmerece bastante de la de otras temporadas, aunque Butti y Pavani hayan arrancado algunos aplausos. A la *Norma* ha seguido la *Traviata*, cuya representacion ha dejado bastante que desear, y á esta seguirán el *Hernani* y el *Trovador*. Verdi está de enhorabuena.

En el teatro del Príncipe se han puesto en escena los *Maridos*, traduccion del señor Pastorfidio, y el *Protegido de las Nubes* del señor Pravia, producciones que han pasado en breve: su ejecucion fue bastante acertada.

En Novedades despues de los *Fugitivos de la India* se estrenó *Miguel el Esclavo*, drama de Bouchardy regularmente representado. Parece que se preparan importantes reformas en este teatro.

Para concluir esta revista debemos dar cuenta de dos pérdidas bastante sensibles para las letras y las artes. El geógrafo aleman Carlos Ritter ha fallecido á la avanzada edad de setenta años, y la catedral de Cambrai ha quedado en su mayor parte reducida á cenizas.

Por esta revista, y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.
La tierra es un campo de batalla sin vencedores.

DIRECTOR, D. J. GASPAS.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSÉ ROIG.—IMP. DE GASPAS Y ROIG,
EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1859.